

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal, con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos).

Un Doctor en hierba

Debía empezar una Misión en un pueblo, y á la llegada del Padre Misionero, el buen Cura, hombre ilustrado y lleno de celo, creyó prudente prevenirle contra una dificultad en que otros predicadores de renombre justamente merecido se habían completamente estrellado.

—Padre mío —le dijo—tengo la desgracia de contar entre mis ovejas á un herrero presumido, charlatán sempiterno, que se gloria de haber recorrido la Ceca y la Meca y otros países, el cual, por desgracia, ejerce funesta influencia entre mis feligreses, que en gran número frecuentan su taller. No es que Marcelo sea impio, y menos ateo, pues no es lector de *Las Dominicales*, ni de *El Motín*, ni siquiera de *El Liberal*, ni de ninguno de esos papeluchos envenenados que descatalogizan nuestra pobre España; antes será el primero en venir á oír sus sermones; pero como todos piensan por su cabeza huera, si no le place su primer sermón, todos los esfuerzos de V. por el bien de mis hijos serán completamente estériles.

—¡Oh!—exclamó el Padre.—¿De manera que no recogeremos fruto ninguno si no queda satisfecho el herrero?

—Así me lo temo. Y no crea V. que hablo yo por mí. que, según dice, ya se me sabe de memoria: hablo por otros oradores distinguidos, los cuales, á pesar de su gran elocuencia y sólida instrucción, sufrieron triste fracaso porque no fueron del agrado del herrero.

—¡Tremendo matasiete!—exclamó el Padre.

Estuvo un rato pensativo, y como quien de repente hubiese encontrado una feliz salida, dijo:

—¡Bien, muy bien! Dios lo hará.

Efectivamente, subió el Padre aquella noche al púlpito y predicó ante un auditorio que llenaba de bote en bote la iglesia, el mejor sermón de su repertorio, probando con gran unción y elocuencia la necesidad de corresponder á la gracia para conseguir la eterna salvación.

Marcelo, sentado en su escaño, escuchó algún tiempo con atento interés, luego empezó á bostezar, y por último, después de algunas cabezadas, quedó dormido.

A la salida del sermón y al otro día en la fragua, todos sus amigos, antes de emitir su opinión sobre el nuevo Predicador, preguntáronle su parecer.

—¡Bah!—contestó el herrero con gesto despreciativo.—Es un pobre ignorantón. Yo, aburrido, dormí en la mayor parte de su discurso.

—Ya lo vimos—contestaron ellos.

Y eso que muchos habían experimentado tal moción de ánimo, que no habían podido contener las lágrimas, y, con todo, alucinados por aquel doctorzuelo, como avergonzados de la impresión recibida, se callaron como unos mudos, y llegaron á confesar que el excelente Misionero lo hacía muy mal y que sería inútil la Misión.

Al otro día, por la mañana, apenas había gente en la iglesia; por la noche estaba casi desierta. «Dios mío, ¿qué haremos?», se decía el buen Pastor dándose palmadas en la frente. «¡Ese orgulloso filosofastro me echa á perder la parroquia!»

Al mismo tiempo el Misionero, que se paseaba meditabundo dando largos pasos, se paró de repente, y dijo al Sr. Cura:

—Amigo mío, he pensado hacer una visita á vuestro herrero y hacérmelo mío.

—¡Excelente pensamiento!—exclamó el otro.—Ya le dije á V. que la primera impresión es terrible. Si la gana V., todavía tendremos remedio.

Al otro día el Padre se fué á casa del doctor en hierba, y la encontró llena de contertulios que al compás del retintín del yunque destrozaban la fama del Predicador. Marcelo quedó sorprendido, pero hueco con tal visita, y despidió la turba en obsequio del Misionero. Como éste conocía muchas ciudades visitadas por el herrero, hizole algunas preguntas sobre sus monumentos, y él se explicaba como un *cicerone*, con gran placer de sí mismo y gusto del Padre, que se persuadía así de la profunda igne-

rancia como de la inefable frescura del herrero. Entonces mudó de conversación, y le preguntó qué le había parecido de su primer sermón.

—Sí... no muy mal, pero un poco largo; porque, sabe V., como yo en mis muchos viajes he oído tanto, raras veces quedo satisfecho.

—¡Ya lo creo!—respondió el Misionero.—Como es V. tan instruido, es difícil contentarle.

Con este piropo hinchóse el herrero como una rana y miró con benevolencia á su panegirista, añadiendo:

—¿Me permite V. hablarle con franqueza y explicarle por qué sus sermones dejan tanto que desear?

—¡Oh!—contestó el Misionero—le quedaré muy agradecido á favor tan señalado.

—No hablo solamente por V., sino por nuestro Cura, por otra parte, hombre muy de bien, y, sobre todo, por muchos predicadores que nos trae al pueblo. La culpa está en sus maestros, que nada les enseñan. Debieran hacerles viajar y poner en sus manos libros modernos mas sólidos é instructivos.

—¿Qué quiere V.?,—le respondió el Misionero.—No siempre se puede lo que se quiere.

—Debieran—repuso el herrero—entregarles libros como el que tengo en la maleta.

Sacólo, y viéndose halagado en su vanidad, lo entregó al misionero, diciéndole:

—Es V. el primero á quien he mostrado este tesoro.

Recibiólo el Padre, leyó el título... y vió que era un tomo descabalado de las obras de Tertuliano, mal traducidas del francés. Al verlo, apenas pudo contenerse para seguir su comedia, y le dijo:

—Cómo, ¿y tiene V. á Tertuliano? Ya no extraño su gran ilustración de V. Es un verdadero tesoro. No hay duda que si muchos conocieran este libro, otros serían sus sermones.

—¿Qué dice V.?—interrumpió el herrero.—¿Conoce V. también á San Tertuliano?

—¡Ya lo creo—contestó el Padre—si

es mi doctor favorito! Hablaba así mor-diéndose los labios por contener la risa al oír llamar *santo* á un doctor que por su orgullo cayó en herejía y dejó dudosa su salvación.

—Inspírese, pues, en su doctrina—le dijo el doctorzuelo;—y, no lo dude V.: ó soy una gran bestia ó será copiosísimo su fruto.

Agradecióle el Padre su consejo, y contento de haberse ganado al herrero se despidió de él con grandes esperanzas, que no salieron fallidas. Aquella misma noche el auditorio, sin ser tan numeroso como el primer día, por las recomendaciones del doctor en hierba había crecido bastante. Todos tenían los ojos fijos en el herrero, que escuchaba con gran atención; y el Padre llenaba su discurso con citas de Tertuliano. Al otro día no había la gente en la iglesia, así continuó en toda la misión con gran fruto de las almas.

El buen Cura, lleno de santa alegría decía al P. Misionero:—¡Bendito sea Dios, que le inspiró á V. ganarse á mi herrero! Sin esto el fruto habría sido casi nulo.

¡Oh desgracia! ¡Cuántos doctorzuelos en hierba hay por esos pueblos de Dios, que destruyen los mejores proyectos y arruinan las obras de la mayor gloria de Dios. Y no es eso lo peor, sino que no contentos con impedir el fruto de celosos predicadores y el buen resultado de empresas benéficas, constituyéndose jueces y censores de lo que ignoran, formados ó empapados en publicaciones impías y ateas, en esos papeluchos infames, que como los escarabajos encuentran sus delicias en la basura, creyendo las calumnias y herejías como si fueran dogmas de fe, promueven la incredulidad ó indiferencia para perdición de muchas almas.

¿Qué resta, pues, á los buenos católicos para remedio de tanto mal? No dar jamás oídos á tales charlatanes, ni admitir en casa á periódicos ni revista ninguna por buena que parezca, que no lleve la aprobación de la Iglesia, y contribuir, aunque sea á costa de algún sacrificio, á la difusión de la prensa sólidamente católica, como recomienda el soberano Pontífice.

Francisco J. Butiñá, S. J.

Horrible castigo de un blasfemo

El 24 de enero último pudieron contemplar los asilados del Hospicio de Granada, el castigo de un blasfemo en el momento mismo que acababa de pronunciar sus últimas blasfemias.

Por fútiles motivos, como siempre sucede á estos desgraciados, desató su lengua en sus acostumbradas

blasfemias contra Dios y su Santísima Madre. El Señor le proveyó de un predicador en la persona de uno de sus compañeros, quien le recordó con caridad que el nombre de Dios no se debe tomar en los labios sino para bendecirle, al mismo tiempo que le traía á la memoria el terrible trance de la muerte, y la cuenta que había de dar á Dios en el día del juicio. Era el último aviso de la misericordia de Dios que llamaba otra vez á su corazón. Pero el infeliz blasfemo, en vez de reconocerse y arrepentirse, convierte sus maldiciones y blasfemias contra la misma muerte que su compañero le recordaba. Eran también sus últimas palabras: aquella lengua iba á enmudecer para siempre, y presto sería pasto de gusanos, cayendo su cuerpo en poder de la muerte que con su pecado había acelerado.

No había acabado aún sus nuevas imprecaciones y maldiciones, cuando cayó sobre él la mano justiciera del Señor, haciéndole rodar casi sin vida por el suelo. Quiere incorporarse, pero la fuerza le desamparan; busca con mano temblorosa el bastón arrimado á la pared, pero sus malos no le obedecen; angustiado abre la boca para pedir socorro, pero la lengua se niega á pronunciar una sola palabra. Los que le rodean que ven sus ansias, le llevan á su lecho, mientras una hermana de la caridad que acudió, puso sobre su cuello una medalla milagrosa.

Tal vez á esta medalla debió el recobrar algo el sentido aquel día por la tarde, y conservarlo unos dos días, proporcionándole ocasión al celoso capellán de exhortarle á penitencia, y á que por señas, ya que no podía de otro modo, diese muestras de arrepentimiento.

En los tres primeros días fué inútil darle alimento alguno: su estómago todo lo rechazaba. Después quedó como un tronco por espacio de otros siete días que aún le duró la vida. Durante ellos pudieron desfilar por delante de su cama muchos del establecimiento y contemplar aquel mudo testimonio, pero terriblemente elocuente, de la justicia de Dios.

El día 2 de febrero, fiesta de la Purificación de Nuestra Señora, era conducido á la sepultura el cadáver del blasfemo. Quiera la Virgen Santísima haberle alcanzado de Dios una verdadera penitencia en aquellos días que conservó su juicio, y que su Divino Hijo se haya contentado con quitarle la vida temporal solamente.

De cosa milagrosa calificaba este hecho uno de los testigos, en su lenguaje sencillo, cuando lo refería á los jóvenes jesuitas que allí van aprovechando los días de descanso en sus estudios, para doctrinar y consolar á los pobres asilados del Hospicio.

Y si Dios nos abriera los ojos,

¡cuántos otros castigos que pasan inadvertidos veríamos cada día!

Lector querido: si eres blasfemo y aún no ves el castigo por tu casa, cuando un día llame á tu puerta la desgracia y la enfermedad, los reverses de fortuna, las muertes de personas queridas, ó la miseria con todos sus horrores se deje sentir en tu hogar, no preguntes cuándo has merecido que Dios te trate así. Acuérdate de tus blasfemias y no culpes de tus desgracias á otro que á tí mismo.

(«De Hojas Sueltas»)

A Cristo resucitado

Voz del Pecador

Porque hoy llegó á sus términos la ira del daño universal, más viva aurora cuanto yace en sus fábricas explora, cuanto crece á su luz, cuanto respira.

Naturaleza en sus esencias mira intrépida virtud que las mejora, y que la suerte humana vencedora á sucesos más prósperos aspira,

En tanto que el eterno anfiteatro hoy introduce al inmortal difunto, componiendo otra vez el orbe suyo.

Misero yo en el ámbito de un punto de esta segunda perfección me excluyo y á dioses fabricados idoloatro.

Bartolomé L. de Argensola

CHARLA

—Para dejar bien terminadas nuestras charlas anteriores, vamos hoy, si te parece, á fijar con claridad cuál es el camino cierto y seguro de salvación, con lo que daremos las luces necesarias á todos esos que dicen: Muéstreseme la religión verdadera y yo la practicaré.»

—Si, que yo oigo á muchos, y ya me revienta oírlo: «¡Bah, Bah! los rusos se llaman cristianos y no obedecen al Papa; los protestantes se llaman cristianos y tampoco obedecen al Papa ni creen en el purgatorio, ni en la confesión, y los católicos que obedecen al Papa y creen en todo eso, también se llaman cristianos... cualquiera entiende este lío.»

—Van á entenderlo ahora si es que de buena fe se prestan á oír.

Muchas sociedades ó iglesias se tienen por cristianas: La Iglesia Católica, el Protestantismo y la Iglesia griega. Estando en contradicción, como tú sabes, sobre puntos esenciales, no pueden poseer las tres la verdadera religión de Jesucristo.

—Claro como el agua... cuando el agua es clara.

—¿Dónde está pues, el Cristianismo, la verdadera religión?

La verdadera religión cristiana debe poseer caracteres ó notas que la distinguan claramente de las demás. Estas notas las encontraremos en la Iglesia católica y no en otra parte; ella es, pues, la que posee la verdadera religión. Vamos á verla.

—¿No le parece á V. que charlando, charlando fumemos un pitillo?

—Fuma los que quieras; tú ya sabes que yo no fumo.

—¡Cuánto tiene U. adelantado para la salud y el ahorro! ¡Quién pudiera!...

—Todo el que quiera.

—Bien, bien, vamos al grano.

—Vamos. Estas notas de la verdadera iglesia son...

—El ser una, santa, católica, apostólica y romana. ¿Qué creía V. que se me había olvidado el catecismo?

—Celebro que no. Jesucristo ha querido que su Iglesia sea una; 1.º, en su fe: «Enseñad á todas las naciones... el que creará, será salvo...; quien os escuche, me escucha;» 2.º, en su gobierno: «... sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... Apacentad mis corderos, apacentad mis ovejas.»—«Que sean uno ¡oh Padre! como nosotros somos uno, para que el mundo crea que ¡sois vos quien me habéis enviado.»

Según esto, encontramos en la Iglesia Romana esta unidad de fe; (el mismo Credo) y de gobierno (el Papa, Jefe supremo, sucesor de Pedro). Pero en ninguna otra; ellas se han separado de la piedra fundamental, y en la fe, la Iglesia griega rechaza el dogma fundamental de la supremacía de los sucesores de Pedro, la procedencia del Espíritu Santo, etc...; el Protestantismo no ha hecho más que variar y contradecirse; hay entre los protestantes tantas opiniones como cabezas.

La Iglesia de Cristo debe ser santa.

«Cristo ha amado á su Iglesia, dice San Pablo, y se ha entregado por ella, á fin de santificarla y de encontrar en ella una Iglesia... santa é irreprochable.» (Ephes. V). Además, para restablecer la unión del hombre con Dios (unión que es la esencia de la santidad) ha venido Jesucristo al mundo.—Es preciso, pues, que la verdadera Iglesia trabaje constantemente, y por medios eficaces, para la santificación de los hombres, que produzca la santidad en muchos de sus miembros y una santidad elevada en no pocos.

Y la Iglesia Romana brilla en santidad: su doctrina, su culto, su disciplina, su sacerdocio, sus Ordenes religiosos, todo ello es santo y produce santidad; ella cuenta con los Santos, los Santos Padres, los Doctores, los Mártires, etc..., en sus hijos reinan en general, las virtudes esencialmente cristianas; en fin, en ella se obran numerosos milagros.

Mientras que la Iglesia griega ha comenzado por la rebelión y por bajas intrigas y aunque puede contener almas agradables á Dios, sin embargo, no ha producido santos después de su separación y no tiene ni milagros ni misiones.—Por lo que se refiere al Protestantismo, basta hacer notar que niega la necesidad de las buenas obras y que no se encuentra en él ni humildad (niega el libre albedrío) ni virginidad (ha suprimido los votos) ni espíritu de sacrificio (id.)

La Iglesia de Cristo debe ser católica.

Evidentemente la Iglesia de Cristo, que tiene por misión conducir á su fin á todo hombre, debe ser universal, de todos los tiempos, extenderse por todas partes: «Id, ha dicho su divino fundador, por el mundo entero, predicad el Evangelio á toda criatura.»—Esta nota es la que el Salvador tuvo presente en las parábolas de los invitados al festín y del grano de mostaza.

De otro lado, la Iglesia romana es católica tal como lo indica el nombre. Comprende más adheridos que cualquier otra sociedad religio-

sa y está extendida en todo el uni verso, siendo por todo él fácilmente reconocida.

La Iglesia griega y el protestantismo no poseen la catolicidad ni de tiempo, ni de lugar. Las dos tienen su origen en una escisión con la Iglesia romana y se dividen en una multitud de sectas, no teniendo de común más que su odio para la Iglesia que han abandonado.

Y por último; la Iglesia de Cristo debe ser apostólica y romana.

Jesucristo ha dicho á sus Apóstoles: «Id, enseñad á todas las naciones... Ved que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.» La verdadera Iglesia de Cristo, es pues, la que posee la doctrina de los Apóstoles, que ha recibido de ellos su autoridad por una serie no interrumpida de Pastores legítimos y que resulta la sociedad misma que los Apóstoles fundaron.

Pero esta triple condición solo es propia de la Iglesia romana. La Iglesia griega como el protestantismo, al contrario, reconocen antes de su separación la autoridad del Pontífice romano, centro de unidad. De él se han separado; ¿de quién, pues, tienen entonces su misión y cómo podrán pretender enlazarse con los Apóstoles?

Esta nota de apostolicidad y esa de unidad, son las notas esenciales de la verdadera Iglesia. Las otras dos notas pueden encontrarse parcialmente en las falsas sociedades cristianas; basta que la verdadera Iglesia de Cristo las posea de un modo preeminente.

La verdadera religión revelada se encuentra, pues, en la Iglesia católica. Por consiguiente.

1.º Se peca gravemente rehusando someterse al Papa y á los Obispos; pero un infiel que lo sea de buena fe y practique lo que le dicte su conciencia puede llegar á la salvación sin ser parte del cuerpo de la Iglesia. Con esta reserva hay que entender el adagio: *Fuera de la Iglesia no hay salvación.*

2.º La infalible autoridad de la Iglesia es la encargada de hacernos conocer el tesoro de la revelación, es decir, la Tradición y la Santa Escritura. Cuando, pues, ella nos proponga una verdad como contenida en ese tesoro, debemos aceptar su enseñanza como procedente de Dios. Nada hay en esto que no sea conforme á la razón; todo lo que precede lo demuestra.

Como recuerdo de estas nuestras entrevistas, te regalo este librito «Elementos de demostración religiosa» que la Biblioteca de «El Pueblo Obrero» de Valencia ha tenido la atención de remitirme hace algun tiempo. De este librito está tomado algo de lo que acabo de decirte.

—Gracias, gracias, ¡qué lástima! que en vez de uno no fueran ciento! para repartir.

A nuestros lectores: si alguien tuviese alguna pregunta ú objeción que hacer á lo expuesto en estas charlas, estamos desde luego dispuestos á contestarle con mucho gusto.

Consecuencia necesaria

Quien abandona la Religión católica no sabe dónde refugiarse.

Al abandonar la fe de la Iglesia, ¿dónde nos refugiarnos? Si en el protestantismo, ¿en cuál de sus sectas? ¿Qué motivos de preferencia nos ofrece la

una sobre la otra? Discernirlo será imposible; abrazar á ciegas una cualquiera nos lo será todavía más, y por otra parte, esto equivaldría á no profesar ninguna.

Si en el filosofismo. ¿qué es el filosofismo incrédulo?

Es una negación de todo, las tinieblas, la desesperación.

¿Andaremos en busca de otras religiones?

Ciertamente que ni el islamismo ni la idolatría nos contarán entre sus adeptos.

Abandonar, pues, la Religión católica, será abjurarlas todas; será tomar el partido de vivir sin ninguna; dejar que corran los años, que nuestra vida se acerque á su término fatal; sin guía para lo presente, sin luz para el porvenir, será taparse los ojos, bajar la cabeza y arrojar á un abismo sin fondo.—(Balmes.)

Habitaciones obreras

Con el título «Casas y huertos para obreros» y en su número del 21 de Marzo último, publica el «Universo» de Madrid un hermoso artículo comentando la idea que en Valencia se proponen llevar á la práctica varias personas, quienes movidas por el amor al obrero y por ardiente celo religioso han fundado una institución eminentemente social, cuya misión no es otra que la de construir casas y huertos para obreros.

La idea, aunque no nueva, es digna de aplauso, pues que además de ser altamente moralizadora y cristiana viene á llenar una de las más sentidas necesidades que hoy aquejan al proletariado español.

Porque es cosa que está á la vista el que el obrero, véase obligado á desembolsar veinte, veinticinco y hasta treinta pesetas mensualmente por alquiler de la casa que en unión de su familia habita, sin que por esto, después de haber pagado esta renta durante muchos años, llegue á pertenecerle la casa á él arrendada.

No sucede lo mismo en otras naciones: En Bélgica, por ejemplo, y gracias á la organización de la ley sobre las habitaciones obreras, si el obrero es ahorrador, puede muy fácilmente llegar á propietario de una casita con su correspondiente jardín. El mismo obrero tiene derecho á escoger el sitio y plano que más le convenga. La sociedad «El hogar del Obrero» establecida en Lieja, y otras muchas sociedades similares, facilitan la casa en condiciones de ser habitada.

Supongamos que se trata de una vivienda cuyo costo total de fabricación asciende á 3.000 pesetas.

El obrero se instala en ella y si dá 30 ptas mensuales durante 10 años ó

« « 21 « « « 15 « «
« « 17 « « « 20 « «

se hace propietario absoluto de ella desde el momento en que efectúa el primer desembolso mensual.

Sin embargo, pudiera muy bien suceder que muriese el obrero antes de haber efectuado los pagos arriba señalados. En previsión

de tan triste suceso, puede el obrero hacer un seguro sobre la vida, mediante el pago de un primer tanto más módico cuanto menor fuese el capital asegurado. Dado caso que el obrero llegara á morir prematuramente, su mujer é hijos, mediante el contrato ya hecho, llegan á ser los propietarios de la casa sin necesidad de hacer ningun otro desembolso.

También pudiera suceder que por un accidente imprevisto, llegase el obrero á incapacitarse para el trabajo. Mediante un pequeño sacrificio pecuniario el obrero belga se asegura de esta clase de accidentes en una compañía *ad hoc*, quedando de esta manera á salvo de todo accidente que le pudiera ocasionar el retraso en sus pagos mensuales.

El 19 de Mayo de 1901, el «Hogar del Obrero» de Lieja, después de nueve años de existencia, construía la 1.654 casa obrera. En igual época, el número de obreros belgas propietarios de esta clase de viviendas ascendía á 18.000

¿No sería posible crear en España una institución tan útil al proletariado cual es la de «El Hogar del Obrero»?

J. Soto.

Hemos recibido para su publicación el presente artículo que, en nuestros anhelos por todo cuanto redunde en bien del obrero, con gusto publicamos.

Hermosura de los niños

¡Qué hermoso es siempre un niño!

Dos cosas serían capaces de entretenerme toda la vida; ver correr el agua y ver jugar á un niño.

«Un niño tiene siempre el encanto de una esperanza.

Lo más bello de la hermosura de una mujer son sus hijos.

Una casa sin niño me parece un tiesto sin flores.

La única pena que produce en el alma la presencia de un niño es el sentimiento de que dejara de serlo.

Tan puro es un niño, que solo el egoísmo humano se atreve á llorarlo cuando se muere.

SELGAS.

Sección Recreativa

Un niño y una niña se prodigan las frases más injuriosas.

—¿Qué es eso, bribones? exclama su madre al oírlos ¿Dónde habéis aprendido ese lenguaje soez? ¿Por qué reñís así?

—No hagas caso mamá. Es que jugamos á marido y mujer y nos repetimos las cosas que papá y tú os llamáis todos los días.

Si para conmigo yo no soy honrado, ¿qué importa el serlo para con otro?

(Cristóbal Monroy.)

Los bienes humanos nunca lo son, si se advierte que llorando lo pasados é ignorando los presentes, al perderlos ya son males y al tenerlos no son bienes.

(Bancés de Cádamo.)

Un profesor clínico visita con sus alumnos el hospital, y va de cama en cama explicándoles la génesis, diagnóstico y pronóstico de las respectivas dolencias. Llega ante la cama número 4, consulta un librito de memorias, reconoce después al paciente y dice á sus acompañantes:

—He aquí, señores, una de las afecciones pulmonares que yo llamo profesionales. Este caso en seguramente un músico. Ha exigido á sus pulmones más de lo que podían darle. Soplando un día y otro día en la flauta, oboe ó trompa, imponiendo á dichos órganos un trabajo excesivo, la lesión ha sido fatal consecuencia de ello.

—¿Y que instrumento toca usted?— pregunta al enfermo.

—Señor; los platillos. El de la flauta es el número siete de esta sala.

«Al doctor Tonka, de Budapest, le han sido robadas 200 000 coronas, sin que hasta el presente se haya dado con los ladrones.»

Galínez dice que esto no puede ser, pues no hay en el mundo tantos soberanos con corona y que, aun muchos de los que existen la tienen empeñada.

—Caballero—dice un viajero á otro— ha puesto usted su maleta en la redecilla que está sobre mi asiento, y la ha colocado usted tan mal, que pudiera caerse encima de mi.

—No tenga usted cuidado. Aunque pesa mucho, no tiene nada que pueda romperse.

Hombre, ¿qué hace usted tan resentado al sol?

—Sombra.

ADIVINANZA

Me encuentro muy alto. Me teneis en casa, Soy un apellido. Un emblema soy. Más claro ni el agua; no direis que escasa esta adivinanza de datos os doy.

BIBLIOGRAFIA

La contabilidad de las obras sociales

Con este título acaba de publicar un *Manual* de extraordinaria utilidad la «Biblioteca de La Paz Social.»

Muchas veces las obras que funda el celo de los propagandistas, languidecen, y aun fracasan, por la falta de preparación técnica en sus administradores. *La Paz Social*, procurando atender á esta necesidad,—como procura atender en la medida de sus fuerzas á todas las necesidades que se presentan en la acción social católica,—ha editado este librito de 84 páginas, de las cuales la mitad contienen una modelación detallada y que completa adecuadamente las explicaciones teóricas acerca de la Contabilidad de las obras sociales.

De la acertada ejecución de esta feliz idea es suficiente garantía la competencia del autor de la obra D. José Puyol Lalaguna, Contable de la Cooperativa obrera de consumo de San José, en Zaragoza.

Siguiendo las instrucciones y documentación de este *Manual*, cualquiera persona de elemental cultura, puede llevar la contabilidad de las Cooperativas de consumo, Cajas de ahorros y préstamos, Mutualidades, Sindicatos y Pósitos.

La obra cuesta 75 céntimos ejemplar. Se remite certificada por correo, abonando una peseta á la Imprenta de Salas.—Zaragoza.

«El Popular»

Hemos sido agradablemente sorprendidos con las nuevas reformas que el diario católico de esta localidad «*El Popular*» acaba de establecer en combinación con el también importante diario católico de Oviedo «*El Carbayón*».

Prueba inequívoca, de que tales mejoras han sido muy del agrado del público es que éste viene respondiendo mejor que se esperaba al llamamiento que se le hace.

También nos congratula muchísimo ver cómo en «*El Popular*» se empieza ahora á tratar cuestiones que directamente afectan al mejoramiento del obrero, quien se acostumbrará así á ver en el citado diario un buen amigo y digno Mentor.

Nuestra enhorabuena á todos.

Correspondencia Administrativa

Sr. C. E. de S. J. de Parres.—Anotado aumento y abonada su suscripción hasta fin de Abril 1909.

Sr. D. J. V. La M. (Villaviciosa) Anotada su suscripción.

Escmo Sr. D. J. P. C.—G. C. de O. id. id. id.

Sr. D. G. de A.—Terreras de A.—Zamora. Pagó hasta fin Dbre 1908.

Sr. D. F. M. S. Libardon.—Pagó hasta fin Dbre 1908,

Sr. Dr. H. M.—Cadiz. Pagado mes de Abril.

AVISO

Atendiendo á indicaciones del digno Administrador de Correos en esta villa, al que estamos sumamente agradecidos por las atenciones que viene dispensando á este periódico desde su fundación, advertimos á nuestros suscriptores de la localidad que acostumbran á mandar *El Amigo del Pobre* por el correo, que en lo sucesivo no circularán los periódicos que vayan fuera de nuestro paquete de administración á no ser que lleven los sellos que les correspondan.

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por dos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 20 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificar.

Imp. de «El Popular»